

### Las Melias lloran

La niña movió suavemente la mano sobre su cabello desordenado y procedió a acariciarlo como si buscara proporcionarse algún tipo de calidez. No pasaron dos minutos antes de que aquella mano agarrara con fuerza un mechón de pelo y tirara violentamente de él al ritmo que las convulsiones marcaban, no había ninguna herida, las lágrimas mezcladas con la saliva que salía de sus gritos mudos eran los únicos rastros de su sufrimiento. Su mente empezó a perder sentido, muchos gritos se agolpaban dentro, su vista se nubló, creyó que iba a desaparecer en ese calvario si no hacía algo; clavó las uñas fuertemente en algún sitio de su piel e intentó concentrarse en ese dolor, después de una finita eternidad llegó la calma. Ella secó escrupulosamente las lágrimas tal como había aprendido con la práctica, se aferró a su pequeña capa y permaneció quieta, sentada escuchando como las hojas rojizas crujían y se dejaban vencer por el viento una y otra vez hasta caer a los pies de los fresnos.

Aquel ritual diario había perdido parte de su sentido hacía ya varias estaciones, pero las historias de su hermano aún hacían eco en su mente. Acercó su pequeña mano a un destartalado cuaderno que yacía cerca de sus pies, con sumo cuidado lo abrió en su regazo y comenzó a leer en voz alta:

*—El alma de aquellas personas que mueren después de pasar calamidades es atrapada en una planta para que cure sus heridas con reposo y pueda alcanzar la paz, el período de vida de la planta indica el tamaño de la herida del alma. A las plantas les gusta escuchar, por ello crecen con más energía si se les habla o canta, sin embargo, esto no ha sido siempre así. Hace mucho tiempo las almas de las personas descansaban dentro de ellas sin ninguna interacción con el exterior, fuera de cualquier dolor y sufrimiento, pero invadidas por un incorruptible silencio. Por ese entonces las ninfas del bosque velaban por su seguridad como guardianas ignorando aquellas circunstancias, hasta el día que una de ellas se dio cuenta de la extraña longevidad de uno de los árboles y decidió investigar el motivo por el que dicha alma no encontraba paz. La ninfa entró dentro del árbol dejándose empapar por las inquietudes y soledad que allí habitaban, llena de compasión decidió unirse a aquel chopo y susurrarle las palabras y sensaciones del exterior que por sí mismo no podía alcanzar, entonces cuando el alma encontró reposo la ninfa murió con él. Así nació la primera Hamadriade, ninfas que se atan a un solo árbol y mueren con él para paliar el dolor de un alma profundamente herida. Tiempo después nacieron las Dríades, que no mueren con el árbol al que se atan continuando su labor, y ninfas como las Anthousai que se ocupan de susurrar a las flores* —la niña paró su lectura al ver como una hoja caía sobre la página y tomando esto como un mensaje procedió a contestar —siento leer esta historia tantas veces, es mi favorita... la próxima vez leeré la historia de las Melias, las ninfas de los fresnos, como compensación—. Pasado un rato la niña abrazó el libro, dejó caer un suspiro y lo colocó suavemente a los pies del árbol— me gustaría tener respuesta alguna vez— se levantó lentamente, sacudió un poco sus ropajes y fijó su mirada en el tronco del árbol donde estaba sentada, <<Emma>>, su nombre estaba tallado con una caligrafía infantil y al rozar la corteza con la yema de los dedos su rostro esbozó una mueca de desolación al recordar la última vez que alguien lo pronunció.

Aligerando el paso consiguió alcanzar el poblado antes de que terminara de oscurecer, salió del bosque y caminó entre las calles hasta finalmente encontrar su hogar, entró sigilosamente y se acercó al fuego sentándose al lado de un viejo labrador negro el cual movió ligeramente la cola al sentir las caricias de la chica. Al poco tiempo Emma vio entrar a su hermano, como usualmente ella le saludo sin obtener respuesta, él simplemente se dirigió a la cocina. Desde aquel sitio privilegiado cerca de la chimenea se podía oler la comida que Aleix había dejado preparada en el mediodía mientras se calentaba dentro de la olla. Unos minutos después el joven apareció con dos cuencos— Aquí tienes Figo— dijo ofreciendo uno de ellos al perro, seguidamente se sentó una mesita y comenzó a comer. Emma esperó en silencio a que su hermano terminara de comer y se dirigiera a dormir al otro lado de la pequeña estancia, entonces se acercó a la olla y cogió un poco de la comida que en ella quedaba, cuando creyó que debía estar satisfecha dejó el puchero y caminó hacia la rudimentaria cama de Aleix, dubitativamente besó su rostro dormido y le dio las buenas noches para volver a acurrucarse con Figo al lado del fuego. Antes de dormir deseó con todas sus fuerzas que algún día su hermano la perdonara y volviera a contarle historias otra vez.

A la mañana siguiente volvió a adentrarse en el bosque de fresnos, caminando con parsimonia y dando los buenos días a los arboles que en su camino encontraba, buscando el lugar donde solía pasar el tiempo al fin divisó su nombre tallado en la corteza. Emma se tumbó al lado del maltratado libro situado a los pies del árbol marcado, pasó una mano por encima de la portada para apartar las hojas que lo habían cubierto y se quedó observando la lluvia de colores ocres, amarillos y rojizos.

Pasado el medio día la niña no pudo evitar sucumbir a los pensamientos y dudas que recorrían su mente, así que, al igual que todos los días anteriores, Emma lloró dolorosamente abrazándose a si misma. Tan hundida estaba en la desesperación que apenas se dio cuenta de que una figura se había arrodillado a su lado.

—¿Por qué lloras? —Una voz profunda y suave surgió de repente.

Sorprendida, abrió los ojos y alcanzó a ver lo que parecía una persona cubierta por vaporosas ropas grisáceas que apenas dejaban expuesta parte de su cara, manos y pies; la piel que podía alcanzarse a ver no era uniforme y su color variaba entre tonos marrones y negros en algunas partes. Asustada y temblorosa se incorporó.

—¿Quién eres? —preguntó Emma con voz entrecortada aun sollozando.

—Soy la Melia de este árbol— al observar la visible conmoción de la niña, la criatura habló otra vez— hoy ibas a leer la historia de las Melias, ninfas de los fresnos ¿verdad?

—Sí...— dijo Emma sin salir de su asombro— no imaginé que fuerais así, tu piel...

—Si tocas mi piel notarás el tacto de un fresno— afirmó la criatura mientras apartaba la capucha de su capa dejando ver su rostro.

Emma se quedó unos segundos paralizada al ver la hermosa cara de aquel ser, a pesar de que su piel era extraña y deformada en algunos sitios, sus ojos eran de un profundo verde y su gesto poseía una suave atracción natural. Aún insegura pero intrigada por ese

inusual encuentro consiguió el valor para acercar su temblorosa mano a la mejilla de la criatura y al notar que, en efecto parecía tocar corteza, el cuerpo de la niña se destensó levemente.

—¿Has estado escuchándome todo este tiempo? —preguntó Emma secándose con una mano la humedad de sus ojos.

La Melia se limitó a asentir lentamente y volvió a cubrir su rostro con la opaca capucha grisácea.

—¿Por qué estás fuera de tú árbol? ¿Cómo te llamas? ¿El resto también pueden salir? ¿Todas son como tú? —Pregunto Emma con repentina curiosidad.

—Responderé a todas tus preguntas —dijo la Melia acomodándose al lado de la niña— Ninguna tenemos nombre, no todas son como yo, pero si pueden salir a voluntad, sin embargo, no suelen mostrarse, yo estoy fuera de mi árbol porque el alma que custodio no es la única que necesita compañía, has regado sus raíces con lágrimas durante varias estaciones.

—Lo siento mucho... no era mi intención que tuvieras que abandonar tú árbol— se apresuró a contestar Emma, acto seguido agarró rápidamente el libro y buscó en sus páginas— lo único que puedo hacer para disculparme es leer la historia que quieras.

La Melia poso suavemente la mano sobre la de la niña, parando así el frenético pasar de páginas que había comenzado hace unos segundos.

—No tienes que disculparte por nada, no he abandonado mi árbol y el alma de su interior agradece tu compañía— aseguró la criatura con un tono tranquilizador— sin embargo, hoy estoy aquí para escuchar una historia que no encierra ese libro, la historia que responde a las lágrimas que han bañado este árbol durante tanto tiempo, como pregunte antes me gustaría saber el motivo por el que lloras.

—Mi hermano me odia desde el invierno pasado —sentenció la niña haciendo una breve pausa — Mi abuela estaba muy enferma, él trabajaba y yo me ocupaba de cuidarla y darle su medicina, aquel día, cuando mi hermano volvió a casa en su descanso del mediodía no me encontró, había salido un pequeño momento... solo un pequeño momento a jugar con la nieve, pero me retrase más de lo que quería, nunca me he llevado bien con los niños del poblado... y me los topé de frente. El caso es que cuando volví mi hermano estaba furioso, me gritó mucho, yo quería explicarle, pero... acabé gritándole también, cogí este libro y vine aquí, siempre ha sido mi lugar favorito. En ese momento solo quería desaparecer, no quería saber nada de nadie, solo quería que esa horrible sensación desapareciera. Al atardecer me sentí cansada de tanto llorar y me quedé dormida, al despertar ya casi era de noche, volví a casa lo más rápido que pude, al llegar mi hermano me ignoró, mi abuela estaba peor, murió esa misma noche, me quedé a su lado todo lo que pude y ella mientras tanto no paró de pronunciar mi nombre.

Desde aquel día no he conseguido que mi hermano Aleix me hable de ninguna forma, siempre está triste y serio, si no hubiese descuidado tanto tiempo a la abuela tal vez

seguiría viva, es mi culpa... — Emma empezó a sollozar nuevamente— el único que aún me hace caso es Figo... nuestro perro, yo... quiero escuchar las historias de mi hermano otra vez, yo le quiero... lo siento... lo siento... lo siento... lo siento...—empezó a decir rompiendo en llanto otra vez.

La Melia abrazó cuidadosamente su pequeño cuerpo y acarició con dulzura su cabello.

—¿Tú abuela te quería verdad? —preguntó la Melia.

—Si... mucho...— contestó con la cara enterrada en el extraño pecho de la criatura.

—Ella no te culparía de algo así, tú hermano lo comprenderá con el tiempo... todo mejorará, he vivido suficiente tiempo como para asegurarte eso— respondió la Melia mientras seguía acariciando lentamente el pelo de la chica.

Con la llegada del ocaso Emma consiguió para de llorar, pero viendo la hora de irse miró con inseguridad a la Melia y preguntó:

—¿Mañana también podré verte? —consiguió articular con dificultad por temor a la contestación.

—Estaré aquí hasta que lo necesites— dijo la Melia con total tranquilidad.

Tomando esto como una respuesta positiva, Emma se dispuso a despedirse con una gran sonrisa y prometió ir al día siguiente también. Al volver efectivamente, la Melia estaba allí esperando, ese día Emma habló mucho más:

—¿Sabes? Este era el rincón secreto de mi abuela, cuando estaba bien andábamos hasta aquí y comíamos debajo de este árbol, al cumplir los seis años marqué mi nombre en él con su ayuda, ¿nos escuchabas también en ese entonces?, mi abuela no necesitaba libros para contar historias buenas.

La Melia asintió lentamente mientras escuchaba atentamente portando una sonrisa serena en el rostro.

—Por cierto, ¿No te molesta no tener nombre?, me gustaría llamarte de alguna manera...— preguntó Emma.

—No me molesta, pero si quieres puedes elegirme uno y lo acogeré con gusto— sugirió la Melia.

—Entonces... no quiero sonar descortés... pero ¿eres mujer? —dijo Emma tratando de no ofender a la criatura.

—Los seres como yo no somos ni hombre o mujer, no importa que nombre elijas — indicó la Melia.

—Entonces... ¿te gustaría tener el nombre de mi abuela?, se llamaba Greta.

La Melia asintió otra vez en señal de aprobación.

Fue el primer día que Emma no lloró en mucho tiempo. Las conversaciones entre Greta y Emma se fueron sucediendo en aquel otoño, Greta le enseñó muchas cosas que no

sabía, le hablo sobre el bosque, las constelaciones, incluso un día le propuso enseñarle a bailar. A pesar de que Greta solo tarareaba Emma se sentía hechizada por esa melodía, cada día mejoraba en sus movimientos siendo felicitada por la Melia que miraba con aire satisfecho sus avances.

Los días pasaron felices con altibajos que Emma no podía evitar ya que su hermano seguía sin hablarle. El invierno llegó y ya casi hacía un año desde que empezó todo, los días también pasaron en esta estación, pero se hacía evidente que Emma empezaba a estar más y más cansada.

—Menos mal que estás aquí Greta... en invierno los árboles duermen y estaría sola— dijo la niña con voz somnolienta.

—¿Tienes sueño Emma? —Preguntó la Melia con su usual y serena sonrisa en el rostro.

—Sí... me gustaría dormir un rato, pero me resfriaré si duermo aquí— respondió Emma.

—No te preocupes, apóyate en mi regazo y yo te cubriré con mi capa— dijo Greta.

Emma obedeció y entonces la Melia comenzó a cantar, nunca había escuchado una voz tan dulce como esa, disfrutó de el tacto cálido de la vaporosa capa y de aquella hermosa canción hasta que ya no había nadie en el regazo de Greta. Pequeñas gotas rojas empezaron a manchar la grisácea túnica de la criatura.

—No he podido hacer nada más por ti— susurró Greta.

Lagrimas carmesí empapaban sus ojos, estaba pagando su propio pecado, no era su obligación engañar a aquella pequeña niña, pero lo hizo, su única obligación era hacerla desaparecer para acabar con su sufrimiento. Había estado observándola desde que murió congelada aquella noche hace un año debajo de aquel mismo árbol, su alma se había perdido. Sin embargo, no había más perdido que su propio destino, ese ser después de todo era un serafín caído, un ángel repudiado por Dios. Los serafines se tapan con dos pares de alas y vuelan con otras dos, Él arrancó primero sus dos primeros pares de alas, dejando que su hermosa piel se calcinase ante la luz sagrada del trono celestial, antes de arrancar el último par, para finalmente caer a la tierra.

¿Qué pudo hacer un ser tan puro para desatar la ira de Dios?, dejar de cantar. El serafín amaba la creación de Dios, la amaba tanto que envidiaba a los arcángeles por poder tener contacto con ella, a pesar de estar en un rango inferior al suyo, tanta era su obsesión que un día dejó de cantar salmos a su señor y al ver este atrevimiento le otorgo este castigo. El serafín caído desde entonces está condenado a vagar por la tierra cantando con el fin de hacer desaparecer las almas perdidas que no tienen salvación, haciendo desaparecer valiosos pedazos de la creación que tanto ama.

Emma ya no existía, como muchas otras almas, pero él seguía cargando el recuerdo de su sonrisa, pudo hacerla feliz una ultima vez. Él ángel se puso su capa otra vez, recogió el libro de Emma, jurando que mantendría su recuerdo y desapareció entre los fresnos.

